



Trabajo y Sociedad

Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas

Nº 7, vol. VI, junio- septiembre de 2005, Santiago del Estero, Argentina

ISSN 1514-6871

In Memoriam Eduardo Archetti

El pasado 6 de Junio falleció Eduardo Archetti, uno de los científicos sociales más originales de América Latina y que nos hizo el honor de integrar desde su creación en 1999 el Consejo Asesor Editorial de **Trabajo y Sociedad**. En este número publicamos un artículo suyo sobre el deporte y a continuación se transcriben recordatorios sobre su persona y sus aportes académicos escritos por Ariel Scher, Pablo Alabarces, Amílcar Romero y Carlos Zurita.

Muerte de un santiagueño en Noruega

Esta mañana murió Eduardo Archetti en Oslo. Antropólogo y sociólogo itinerante, como gustaba presentarse.

Mas allá del merecido reconocimiento internacional a sus aportes académicos era, sobre todo, un prodigioso escritor. Los mundos de sus narrativas fueron enriqueciéndose y ampliando con el paso de los años: los campesinos y chacareros, los rituales de la cocina y la comensalidad, los misteriosos procedimientos de la escritura antropológica, las diversas patrias del deporte, las ceremonias del tango, la construcción de la masculinidad, el destilado de malbec como afirmación cultural, las certidumbres y perplejidades de la identidad nacional.

Quienes tuvimos el privilegio de frecuentarlo queremos dejar testimonio de algunos datos para un perfil de su fisonomía espiritual: Lali Archetti era un personaje entrañable, generoso como nadie, degustador y orfebre de exquisitas comidas y tragos inolvidables, que publicó un libro de poemas, "Las líneas", a los dieciocho años, y que siempre sostuvo que la poesía constituía un recurso de conocimiento inagotable y la única forma expresiva que no podía ser desgastada por el tiempo.

Sus amigos varones siempre fuimos un tanto envidiosos de su magnético poder de seducción con las mujeres, cuyo logro máximo fue, sin duda, su bella esposa Kristi Anne, que además es talentosa y habla un sorprendentemente perfecto español con acento santiagueño.

Sus restos serán sepultados el lunes en Noruega, y seguramente Laly estará observando atentamente y tomando nota de los rituales y ceremonias de sus exequias.

Desde este cuarto situado a dos cuadras de la casa donde transcurrió su infancia y adolescencia, extendo una mano y deposito sobre su tumba una florecida rama de santa rita del otoño del norte de Argentina.

Carlos Virgilio Zurita

MEMORIA

Adiós a un crack

Aunque nunca escuchó que una tribuna coreara ni su nombre ni su apodo, Eduardo *Lali* Archetti, que murió el lunes, demasiado brillante, demasiado joven y demasiado buena gente, hubiera merecido una colección de ovaciones. No hizo poco: audaz e inteligente, quebró una historia argentina de prejuicios e indiferencias y se convirtió en algo así como el fundador del pensamiento científico social aplicado al deporte.

Archetti nació en Santiago del Estero, estudió en Córdoba, en Buenos Aires y en París, investigó tanto en el norte de Santa Fe como en Zambia, y residía en Oslo, donde dirigía el Departamento de Antropología Social de la Universidad. Quizás ese recorrido geográfico y biográfico explique por qué era un hombre sin límites. Y quizás también eso permita comprender por qué a su pasado de futbolista del equipo de la Universidad de

Buenos Aires lo continuó con una serie de estudios magníficos en los que el fútbol, otros deportes y otros rituales le funcionaron como un camino para entender la construcción de la Argentina y, sobre todo, su tema favorito: la condición humana.

Intelectual desacartonado, en su obra sabia e imaginativa hay dos libros que no puede saltar nadie que conozca lo que significa emocionarse en la cancha. Uno es **Masculinidades** y el otro es **El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino**. En esas páginas ricas, está un tipo que jugó el partido de la vida con intensidad, como vale la pena. Es cierto que desde ahora será una ausencia doliente. Pero también es cierto que, futbolero apasionado, pensador generoso, en todas las memorias jamás dejará de ser un crack.

Ariel Scher

Memoria de Eduardo Archetti

Hoy a la madrugada se nos murió Eduardo Archetti, el Lali Archetti para todos los que lo conocimos y entonces, invariablemente, lo quisimos. Tenía un cáncer contra el que peleó infructuosamente hasta hoy, todavía demasiado joven, todavía con demasiadas cosas para investigar, inventar y decir. Se fue en Noruega, donde vivía desde hace más de treinta años con su compañera y madre de sus dos hijos, Kristi Anne Stølen, y desde donde nunca dejó de pensar la patria, aunque parecía que hablaba de fútbol, de polo, de tango, de comida.

Porque la mirada de Archetti sobre el fútbol siempre excedió lo previsible, el sentido común, la celebración populista o la condena apocalíptica. Y siempre transitó por el rigor, como cuando estudió el campesinado santafesino o el ecuatoriano. En 1996 inauguró las primeras jornadas sobre Deporte y Ciencias Sociales que se hicieron en la Argentina, en nuestra Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, diciendo: "yo no hago fútbol: hago antropología". El fútbol, como el polo, el box, el automovilismo o el tango, le resultaba un espacio privilegiado para indagar lo que, en realidad, era su gran tema: cómo se había inventado (y cómo, trabajosamente, se seguía inventando) una nación. La gran diferencia, el gran hallazgo de Archetti, era que la construcción de la Argentina podía rastrearse e indagarse en las zonas limítrofes y periféricas, en los espacios menos privilegiados y legítimos de los discursos: en lo que llamaba "las zonas libres" de una cultura, las que, por estar más lejos de las restricciones, daban lugar a la creatividad. Allí, la danza, la música y los deportes (y también la comida o las bebidas) eran los objetos centrales, los territorios donde las identidades dejaban de ser puro relato para volverse cuerpos: danzantes o deportivos, pero cuerpos significativos para construir nacionalidades.

Así, Archetti publicó (entre otros) dos libros inolvidables: *Masculinidades*, editado en 1999 en Inglaterra y en 2003 en la Argentina, y *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*, de 2001. En 2004, en un sabático latinoamericano, profundizó sus indagaciones sobre la danza y la música en una investigación inédita y comparada sobre Argentina, Brasil y Cuba; mientras que en nuestro país desplazaba su eje de trabajo hacia la producción de vinos y su relación con las narrativas de identidad ("La Argentina es Malbec", se titulaba su proyecto).

Lali Archetti era un gran antropólogo, un inventor de zonas nuevas para el trabajo académico, un porfiado estudioso de nuestros países. Pero además, o por sobre todo, era un tipo inigualable, de una generosidad y un humor increíble. Un gran cocinero, que abría las puertas de su departamento en Oslo a todo el que estuviera dispuesto a comer y beber con él como excusa para conversaciones ilimitadas. Cuando lo conocí en 1994, apareció en nuestra cita con un montón de manuscritos inéditos: estaba convencido de que era imprescindible expandir los estudios sobre deporte en nuestro país, y en ese objetivo no se regía por ninguna especulación de propiedad intelectual. Durante estos diez años me regaló una amistad ineludible, generosa, alimentada por correos electrónicos que discutían los avatares del fútbol argentino o europeo, mientras comentaba sus últimas ideas o discutía las mías, siempre deudoras.

Las ciencias sociales latinoamericanas han perdido uno de esos escasos y necesarios creadores: esos tipos que inventan cosas, con el único objetivo de explicarnos, comprendernos, hacernos mejores. Sus amigos, decenas en todo el continente, hemos perdido un tipo inolvidable. Sus discípulos, un maestro, su mejor título.

En diciembre pasado armamos una reunión con colegas brasileños para discutir perspectivas comunes y comparadas: queríamos que fuera también un homenaje al que nos había abierto todos los caminos. Lali estaba en Buenos Aires, pero ya con los primeros síntomas de su enfermedad, y no pudo participar. Estas palabras son, entonces, las que hubiera debido escuchar en vida.

Pablo Alabarces

Murió Eduardo Pedro Archetti, (a) El Lali

SEGUIRA SIENDO EL CIENTIFICO SOCIAL MAS IMPORTANTE
Y ORIGINAL DEL ULTIMO MEDIO SIGLO

El pasado lunes 6 de junio, en Oslo, capital del reino de Noruega, en cuya universidad era profesor **full time** de Antropología Social, bordeando los 60 años, como consecuencia de una tumoración maligna en el aparato intestinal, borgiana, cortazarianamente, falleció el santiagueño Eduardo Pedro **El Lali** Archetti, sociólogo de la UBA y licenciado en Ciencias Políticas en La Sorbona, el científico social argentino de mayor relieve y originalidad de las últimas décadas, particularmente por sus estudios sobre la **masculinidad** y los **códigos de honor** en el tango y los **cantitos** de las tribunas futboleras. (Para ver una bibliografía más o menos completa de este autor hacer clic en <http://bibliosports.tripod.com/biblio.html#lali>.)

A fines del siglo pasado, en tren de remozarse y quitarse las tradicionales jinetas que la han orlado y deshonrado, la **Academia Nacional de Historia** la emprendió con una nueva versión oficial de nuestro pasado. Fue cuando el miembro Tulio Halperin Donghi propuso que se añadiera al deporte como disciplina fundamental y fundante en nuestra vida cotidiana, materia prima de la macrohistoria y también poseedor de una historia y de una cronología propia, como le adjudica Pierre Bordieu. No recibió elogios, precisamente. A tal punto la resistencia de los atávicos que puso como condición que se aceptara la propuesta innovadora bajo apercibimiento de presentar su renuncia indeclinable. Ahí sí, una vez conseguida la aprobación a regañadientes por la incursión del olor a transpiración y trementina en claustros tan sagrados como vetustos, el académico no dudó en proponer también quién, a su juicio, tenía que ser el autor de ese material primero y fundamental.

A Archetti lo sorprendió mal parado la nominación:

-Por un lado, no se puede negar, uno se siente orgulloso -confesó a los más cercanos en una de las visitas periódicas a Buenos Aires-. Pero por otro también es cierto que me hizo sentir un poco cadáver, que me empezaban a salir las telarañas y me convertían en fósil, ya con ese olor del zumo viejo de los claustros, cuando todavía creo puedo vivir un poco más.

En el encuentro personal con Halperín, quiso saber los motivos que había tenido éste para señalarlo de esa forma:

-Nunca voy a olvidar, doctor, el examen que rindió cuando fue alumno de mi cátedra. Me llamó la atención no sólo los conocimientos, sino su visión de la historia para alguien que quería ser sociólogo. Y le soy muy sincero: he seguido su carrera, artículo a artículo, **paper a paper**, en Europa, y no sólo vi que aquella no era una simple impresión. No puede ser otro el que tenga que hacer este trabajo.

Nacido en Santiago del Estero capital, el único hijo varón de un médico patriarcal y caudillesco del partido de Alem, **El Lali** se licenció en sociología en la UBA, donde también integró la selección nacional de fútbol como marcador lateral derecho. Desde muy chico, a despecho del cariño intransferible por el pago natal, el padre había sido muy concreto con respecto al futuro que le podía esperar en esa provincia (mejor ni hablar, por más mistol, aloja y chacareras que se le pusiera), incluso hasta Buenos Aires podía resultarle estrecha, a alguien que ya mostraba inclinaciones tan decididas: Francia fue el destino anunciado. En 1968, más encima con toda la cobertura de un amor juvenil como compañía, se fue a un París revuelto e incandescente, a estudiar Ciencias Políticas.

No regresaría nunca más. Se quedó afincado en el Viejo y Primer Mundo para siempre.

Pero como **peso muerto** de su historia personal le quedaría una tonada provinciana que no lo abandonó hasta el último día, el cariño infantil por el Estudiantes de su pago natal y su adscripción posterior a River Plate, a las **gallinas**, en una **doble militancia** que sería materia de más de una profunda reflexión en la edad madura y duplicidad insalvable que adjudicó a la vigencia de que **nacional**, en la Argentina que no es otra cosa que un gran partido de fútbol, es la hegemonía a rajatabla de la que Atahualpa Yupanqui calificara de **Ciudad Gringa** y que él -en el para quien escribe esta nota, es de lejos su mejor y más logrado trabajo- la motejara a Buenos Aires como la **Capital de la República de la Pampa Húmeda**.

El **Puerto Unico**, en otras palabras, y su matizada variedad de patios traseros.

En París fue donde conoció a la espigada y muy hermosa Kristi Anne Stolen, una antropóloga noruega, hija de exportadores de bacalao y nacida en una isleta paradisíaca en medio de uno de los tantos fiordos del norte de la península escandinava, donde el mar gris y frío es más frío y gris y las noche larga es más noche y más larga. Resulta imposible acceder realmente a la intimidad de pareja alguna, pero no sería nada raro que **El Lali** haya transado **jugar de visitante**, incorporarse a la Universidad de Oslo donde ella ya era docente y llegaría hasta la actualidad a uno de los puestos académicos más altos y jerarquizados, a cambio de preservarse a todo trance su cotos privados de caza, la materia de todas sus preocupaciones, tanto inmediatas y pasionales como reflexivas: el fútbol y el tango. Las mujeres de todas las latitudes suelen hacer gala de mayores aptitudes para la concepción. Porque para alguien proveniente de un origen cultural tan disímil, la sola mención de ambos; es más, no ya el fútbol, que goza en esos niveles sociales y latitudes de la peor de las consideraciones, sino el deporte todo, como buena intelectual ortodoxa, le tuvo siempre un rechazo visceral. De la pareja nacieron dos hijos: Alexandra y Christopher. Ella sigue siendo bailarina profesional de tango; el querubín llegó a ser campeón juvenil europeo en varias especialidades de las Olimpiadas de Invierno.

Lo que se hereda no se hurta y no figura en las bibliotecas.

Mientras que en Europa no tardó en ser incorporado al **Gran Slam** de las ciencias sociales, no habiendo prácticamente congreso, simposio o encuentro que no lo contara como invitado, en Argentina su consideración prácticamente nunca salió de un pequeño grupo, salvo el último tiempo, cuando su ya comentada incorporación a la historiografía oficial y la publicación en castellano de su obra más ambiciosa, de mayor envergadura, como es **Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina**, editada en castellano en el 2003, fueron registrados en los muy sensibles **scanners** de los que no dejan pasar novedad que suene a importante. Se quedarían en las enunciaciones, por supuesto. Porque la versión primera fue en inglés, cuatro años antes, a cargo de la **Berg**, de Oxford, Gran Bretaña. (Ver datos más precisos en <http://bliobliosports.tripod.com/biblio.html#mascu>.)

Sobre este particular hay hechos que la ortodoxia considera extraculturales o extracientíficos, periodísticamente de cotillón o, lisa y llanamente, alcagüeterías. Bien, metamos las manos en la KK. **El Lali** yiró y fue amablemente maltratado por las principales editoriales de Buenos Aires, tanto las genuinamente nacionales como las meras sucursales de las multinacionales hispánicas. Todas, sin decirselo explícitamente, por el contrario, con el cabronismo de sacárselo de encima llenándolo de elogios y poniéndolo en los cielos, el tema era interesantísimo, su tratamiento reoriginal muchísimo más, todo un hallazgo, pero ellos no viven de posteridad y a la gente la gusta Paulo Coelho, le dijeron lisa y llanamente que eso no le iba a interesar a nadie, salvo a los desocupados mentales que huronean por esos arrabales pintorescos del conocimiento humano como pueden ser la antropología social y cultural y otros retortijones vecinos.

Los ingleses leyeron los originales, para variar no consideraron lo mismo que los súbditos de su ex colonia y lo sacaron en una edición de semilujo, con tapas duras y encuadernación cosida, a la antigua. El conocimiento de lo humano no tiene nacionalidades ni límites y los problemas del dichoso **Dios Mercado** se balancean. Siempre entendieron que lo deportivo es sumamente importante, máxime cuando la versión moderna de algo cuyo origen, función y finalidad social todavía no está clara, tuvo su origen entre ellos, justamente con los albores del capitalismo industrial y lo diseminaron de la mano de la masonería. Y si todavía eso traía el aditivo del tango, algo que los tiene entre lo fascinante, la atracción y una comprensión parecida a la egiptología, **warm welcome**.

Cuando aquí por fin alguien se dio por enterado, se produjo un fenómeno curioso: hubo que **traducirlo del original inglés**. Archetti contó que se había negado a reescribir su propia obra en castellano. La tonada

santiagueña no la iba a perder jamás, pero sí el dominio de la lengua de Cervantes y todo lo que eso significa. Ya hacía mucho tiempo que por trabajo y convivencia cotidiana, no solamente en Oslo, donde también hablaba el noruego, no sólo escribía en este otro idioma sino que por lo tanto **pensaba en inglés** al haber convertido a la de Shakespeare en su segunda lengua materna, mientras que la de Cervantes se le había vuelto cada vez más esquiva y era en la otra donde se sentía más cómodo para desarrollar el pensamiento y el conocimiento.

Esta **transculturalización**, en alguien de semejante lucidez y pensamiento crítico, sin dramatismos, no dejaba de ser un dilema y , para colmo, tenía una encarnación bien terrena, entrañable, familiar. Su padre, fallecido joven, quien le había aconsejado que para gente como él, en un país sin destino cierto, no podía ser otro que **la France** de los años esplendorosos de la oligarquía y manteca tirada al techo, se opone a una madre, en este momento casi nonagenaria, quien sola sigue resistiendo, a todo trance, en medio de la decrepitud de la muy vieja, cada vez más decadente y nunca muy próspera Santiago del Estero. ¿Abandonar el pago? Ni insinuarlo. Ahí está toda su vida y todo lo que ha logrado que fuera suyo. En las postrimerías del siglo pasado, cuando ya las bondades de la **Segunda Década Infame** boqueaban, **El Lali** visitó por última vez su provincia justamente para ver a la madre y volvió con tal depresión que se juramentó no volverla a pisar, cosa que cumplió a rajatabla:

-Es intolerable ver tanto derrumbe -dijo en alguna sobremesa-. Y que a uno no le sirva ni cultura ni libros para explicar esa lacra que es el **juarismo**.

La pobre señora, muy entera, nada de achaques de su edad, por amor al único varoncito aceptó el sacrificio de tener que entrar **a bajar** a Buenos Aires para verse y para nada disfrutar la dicha de las humedades y la polución sonora y ambiental cada vez que **El Lali** recalaba por trabajo o rebañaba unas vacaciones cortas, personales.

La obra intelectual de Archetti da formalmente comienzo, para nosotros, cuando ya llevaba una década larga en Europa de publicaciones varias y trabajos de campo para organismos internacionales tanto en África como en América Central. Fue Kristi la que se dejó caer por Argentina para una investigación de campo en las muy peculiares poblaciones rurales del Chaco santafesino que solamente saben descubrir los europeos y la que a la vuelta encaró muy seriamente a su marido en torno a la negativa de éste con la problemática de la cultura de su país, a la que encontraba riquísima y que él había mamado. Lo creía un contrasentido y la persuasión hizo que hasta lo que en ese momento habían sido mecanismos de negación, encarar el dolor de revolver lo que él creía haber dejado atrás y enterrado para siempre sin mayores pompas ni lágrimas. En 1984 aparece **Ethos & Fútbol**, un **paper** que en versión mimeografiada se convirtió inmediatamente en TXT obligatorio para los alumnos de antropología. Esa primera mirada va a determinar la originalidad y creatividad de Archetti: ni asomos tanto del pernicioso **populismo** de toda laya como del **academicismo** críptico de casi todos sus colegas en todas las especialidades, que muchas veces inconcientemente y otro no tanto, narcisísticamente se escriben para ellos mismos, para demostrar cuánto han leído y discuten la **discusión de la discusión**, en bodeques tan aburridos que no pasan de ser compilaciones de la última bibliografía de moda. En el caso argentino, para colmo, una forma más del **cipayismo** y del **neocolonialismo**.

El gusto futbolero, la conformación tanto de la identidad individual como social, en ese entretreído de mitos, ritos y símbolos, una alquimia tan decisiva en lo masculino como imposible de controlar y de dominar aparece como una constante de semejante permanencia que se puede cambiar de mujer, de pago, de partido político, de profesión y hasta del objeto de preferencia del deseo sexual, pero no de equipo de fútbol. Por lo menos no hasta entonces, ya que la anomia y la disolución de la posmodernidad no amenazaba llegar hasta tanto. Además por encima de otras diferencias culturales, que separan los terrenos para compartir, entre los hombres de cualquier pelaje es terreno común casi obligado en cualquier latitud que contiene como unión hasta los enfrentamientos más agrios y disputas no siempre teóricas.

Varios trabajos más, en revistas culturales porteñas y latinoamericanas, como algunas de Ecuador y México, lo fueron aproximando, fue una especie de entrenamiento y de movimientos de **approach**, para por fin esperar un **año sabático**, cargar unos pocos petates, conseguir que un viejo compañero de facultad le prestase un departamento en el Barrio Norte, y durante todo 1994, a rigurosas ocho horas diarias, con un alto intermedio para un té y una **traviatta** con jamón, llegar a un récord no exactamente deportivo, pero también deportivo y difícil que haya algún otro que se lo equipare: leerse de pe a pa, desde que salió hasta el último número, avisos comerciales incluso, toda la colección de **El Gráfico**. En la Editorial Atlántida de los

Vigil, por supuesto, no lo dejaron entrar. No era periodista de la casa, menos que menos periodista, y eso es propiedad privada. Los intelectuales con sus devaneos que vayan a joder a otro lado.

Marcado a fuego por la generación a la que pertenecía, tomaba notas a mano, en un cuaderno escolar y a la noche, después de una ducha, pasaba todo en limpio a la PC. Un trabajo de hormiga, de transpirar la camiseta por toda la cancha.

Si no fuera por los resultados que aparecieron después tuvo bastante de aquellos récords en serie sobre cualquier cosa que se intentaban batir bajo el primer peronismo y demostrar que no había nadie mejor en el mundo, tratara de lo que se tratase. **El Lali**, sin embargo, bastante jadeante, dio pruebas acabadas de haber quedado al borde de un estropicio:

-Juro solemnemente que jamás en mi vida volveré a leer una crónica deportiva -fue la primera y única conclusión en lo personal, cerrada la última tapa y en lo demacrado del rostro todo el cansancio.

En una época donde todo se tiende a homologar, donde es a diario cada vez más notoria la **macdonalización**, la **banalización** de la cultura, como dijo el francés Christian Bromberger cuando estuvo acá de visita, a un promedio de cuando mucho diez asistentes por conferencia, a Archetti sus colegas lo sobajearon lo suficiente para que supiera que ser original y creativo tiene su precio. Sobre todo porque lo demás lo **aprecian**, lo **valoran**, lo **sopesan**, y se vuelve notorio, aunque no se nombre, lo intrascendente y mediocres que resultan los demás. La elaboración de **Estilo y virtudes masculinas en El Gráfico, la creación del imaginario del fútbol argentino** es algo que en honor al autor y a la materia que trata se puede calificar de **trabajo hecho por deporte**. Claro que en la vieja acepción del término, cuando lo **lúdico** y el **amauterismo** de los **sportman** eran tabúes inviolables.

El contrapunto entre los discursos de Borocotó y Jorge Luis Borges para extraer como una filigrana los dos **arquetipos argentinos** por excelencia, como son el **compadrito** y el **hincha**, no sólo debe ser elogiado por los méritos del autor. De lejos, es mucho más: era **necesario culturalmente** contar con algo así. En medio de algún que otro vapuleo, al autor de esta nota ahora desgraciadamente necrológica, le tocó leer una de las versiones del borrador y estar obligado a dar una opinión, sí o sí, no zafar con comentarios de circunstancias.

-No te lo van a perdonar nunca, Lali -se le dijo sin anestesia-. Los futboleros, ilustrados o no ilustrados, mucho peor los **progres populistas**, jamás van a admitir que venga otra racionalidad que les demuestre que ellos son una mera parte del circo y no los hacedores, la fuente de toda razón y justicia. Sé que no te es alentador pero prepárate para lo peor: creo que te van a bombardear a muerte. Ahora puede ser que uno tenga la mirada teñida por lo que se está inmerso, pero quiero saber tu opinión sobre algo que realmente me empezó a picar desde que lo empecé a leer: ¿es impresión mía o entre el **compadrito** de *Georgie* y el **hincha** del uruguayo no queda una rendija para el perfil exacto del **barrabrava** como heredero legítimo, como el arquetipo vigente y sintetizador de todo lo otro?

Sonrió franca e infantilmente orgulloso:

-Es correcto lo que dices. Pero es un trabajo que no me corresponde a mí.

-Quedás en deuda, en todo caso. No me invites a hablar o a escribir sobre esto porque te lo digo en público.

-Y yo también te voy a contestar en público lo que pienso. Lo mío llega hasta aquí.

Ahora ya está. Nunca más. Desde el domingo biológica y legalmente comprobado, pero en los hechos desde un tiempo antes por la convalecencia que preludió el final. Las mesas nunca han tenido dos patas y el tríptico es el número cabalístico por excelencia. La deuda ha quedado pendiente. Como también un sillón vacío en el **Gran Slam** de las ciencias sociales del primer mundo. Los **archettitos** hace rato que tenían listo el traje negro bien planchado y como en las redacciones de los diarios y las agencias internacionales, las necrológicas de las personalidades de renombre están escritas desde mucho antes de que se pesquen un resfío.

The show must begin. Pero **lo que natura non da las ciencias sociales non prestan**. Por encima de

cualquier consideración, **El Lali** supo contar no sólo con un talento creador que se mejora con la formación y experiencia personales pero que no se consigue en las mejores casas del ramo, sino con una dramática historia personal que le permitió vislumbrar y reelaborar críticamente, justamente de la distancia, un sesgo para nada desdeñable del ser argentino. Como Borges, como Cortázar, ese alejamiento, todo ese **extrañamiento**, en vez de vaciarlo y tratar de rellenarlo con elementos de otro origen, le sirvieron para intentar comprender el drama de su lugar de origen y con un **laceramiento** que en los últimos tiempos parece habérselo vuelto hasta somatizable. Nada de pirotecnia cultural ni bibliotecas completas en la lengua central de moda como bibliografía.

Hay una tarea sin cumplir y un lugar que ha quedado vacío. Sobran los motivos para creer que ambos son tan irreversibles como lo que sucedió en Oslo el pasado lunes 6, cuando por fin había empezado a asomar un poco de sol y se estaba viniendo el verano. La desarticulación, anomia y disolución creciente llevan a pensar, sin bolas de cristal mediante, que una obra medularmente singular como la de Eduardo Pedro Archetti, (a) **El Lali**, como la de tantos otros va a quedar ahí, cerrada, y cada tanto, recurrible para una fotografía de época superada, dejada atrás, como son las citas bibliográficas en todos estos intelectuales que modestamente todos los días se sientan a escribir no sólo el libro que explique el devenir humano y la cultura milenaria, si no a culminarla y dejar para el resto la enjundiosa tarea de adorarlos por el resto de los siglos.

Amílcar Romero
